

AGRADECIMIENTOS

ES DIFÍCIL condensar en estas páginas un agradecimiento tan grande y sincero a la gente que ha hecho posible esta investigación. Estas páginas que siguen son deudoras de la complicidad, de las palabras y los alientos compartidos en estos años.

Los protagonistas y verdaderos autores de este trabajo son las familias que me abrieron sus casas, sus cajones, sus álbumes. Aquellas personas que me mostraron unas imágenes tan cuidadas como amadas, y cuyas historias no han dejado de acompañarme desde entonces. Lo que haya de bueno en estas páginas se debe solo a ellos. Espero haber podido transmitir algo de ese cuidado, de ese afecto y esmero con el que las familias han conservado los materiales que aquí se muestran. En cada fragmento de entrevista y en cada fotografía están citadas todas ellas. Mi más sentido agradecimiento a aquellos con los que compartí tiempo y relatos, y que ya no están: Juan Abenójar, Juana Arcos, Juan Camacho, Longina Cañavera, Eugenio Cerrato, M^a del Prado Chillaron, Marcos Gijón, Anastasio Godoy, Joaquín Lizcano, Leandro Muñoz, Encarnación Padilla, Eugenio Soto, Felix Uris y Vintila Vera.

Este trabajo está motivado por la pasión, el cariño y la generosidad de la persona que me ha enseñado a ser antropólogo, el doctor Julián López García. Mi deuda con él es inmensa, y serían innumerables las conversaciones, los viajes, las entrevistas o los proyectos compartidos en donde este estudio ha ido encontrando eco. Que haya sido el director de la tesis origen de este libro es lo mejor que podría haber deseado. Su mirada atenta, detallista, eligiendo el momento, la pausa y la pregunta adecuada, orientan una investigación que sin su apoyo hubiera sido una quimera. Con él he aprendido que para ser antropólogo no solo hace falta tener conocimiento o empatía, sino que «hay que tener arte». Ojalá haya sido capaz de plasmar en este escrito algo de ese arte.

Un pilar fundamental en este trabajo ha sido también la doctora María García Alonso, la codirectora de la investiga-

ción que dio origen a este estudio y una de mis más queridas cómplices. Este escrito no hubiera sido posible sin su ayuda, sin su pasión, sin sus cuidados. Son numerosos los paseos compartidos, los proyectos imaginados, las entrevistas realizadas, las charlas y los cafés. En todos esos escenarios he podido aprender de sus lecturas, de su mirada crítica, siempre dispuesta a llegar un poco más lejos. Por otro lado, agradezco el apoyo de las instituciones que me posibilitaron comenzar esta investigación. En primer lugar, al Ministerio de Presidencia a través del proyecto «Todos los nombres de la represión de posguerra en Ciudad Real», que, dirigido por Julián López García y María García Alonso, me permitió estar durante un año becado en el Departamento de Antropología Social y Cultural de la UNED, y comenzar de esa manera las primeras indagaciones en este estudio. En segundo lugar al Ministerio de Economía, que me posibilitó disfrutar de la beca de Formación de Personal Investigador con el grupo Cine educativo y científico en España, Argentina y Uruguay, dentro del Departamento de Historia Contemporánea de la UNED. Desde aquí mi más profundo agradecimiento a la directora de este proyecto, la catedrática Alicia Alted, sin cuya confianza y generosidad nunca podría haber realizado esta investigación.

Esa beca me ha permitido además realizar estancias en universidades donde también he sido acogido de manera excepcional. Mención especial merecen las personas que apoyaron mi solicitud en esas instituciones. Nunca podré olvidar la generosa dedicación y hospitalidad de James D. Fernández en el Department of Spanish and Portuguese Languages and Literatures (New York University), Susana Sel en la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires) y Adalberto Santana en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (Universidad Nacional Autónoma de México). Estoy infinitamente agradecido a Matthew Telford y Ruth Somalo por

ofrecerme siempre casa y cariño durante mi estancia en Nueva York. Para mi estancia en México fue fundamental María Luisa Capella, quien me ayudó a encontrar documentación y familias que entrevistar, además de darme apapachos y ofrecerme largas horas de reflexión.

Realizar trabajo de campo en esta investigación hubiera sido muy difícil sin las sendas dibujadas por la doctora Adela García Muñoz, a quien siempre agradeceré sus reflexiones compartidas en muchos desayunos. También estoy en deuda con todas aquellas personas que durante la investigación me ayudaron en cada municipio. Es su generosidad la que me ha permitido entrar en casas de desconocidos como si fuera parte de su propia familia. Agradezco enormemente la ayuda de Tomás Ballesteros, quien ha hecho que sus amigos sean también los míos y sus casas puertas abiertas en cada pueblo. Estoy en deuda también con Luis Pizarro, con el que tantas entrevistas he realizado y al que agradezco infinitamente que haya compartido conmigo su pasión por la Historia. Agradezco la enorme ayuda de mi amiga Elena Rosa, siempre dispuesta a llevar la cámara a los confines de La Mancha. Es con ella con quien he filmado numerosas entrevistas y exhumaciones, gracias siempre a su ayuda sincera. Agradezco también a Ángel Luis Ruiz en Cabezarados, a Luis Miguel Oviedo en Almadén, a Juli y Pauli Capilla, y Jerónimo Mansilla en Chillón, a Ángel y Juan Menchero en Bolaños de Calatrava, a Miguel Cerrato en Abenójar, a Juan Pedro Esteban en Saceruela, a Valentín Rubio en Puebla de Don Rodrigo y a Gregorio Sánchez en Valdepeñas.

Estoy muy agradecido a la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica por acogerme, como uno más, en el equipo científico de las exhumaciones que se llevaron a cabo en Ciudad Real. Estoy en deuda con Emilio Silva, René Pacheco, Marco González, Nuria Maqueda y Alejandro Rodríguez. A Óscar Rodríguez le agradezco enormemente haberme cedido varias fotografías para esta publicación. Su trabajo en cada exhumación es fundamental para dar visibilidad a todo lo que implica este proceso.

Una parte de la investigación se ha fraguado lejos del campo, en todas esas conversaciones con los compañeros que me han ayudado a orientarme en sus comentarios, reflexiones y cariños. Estoy en deuda con Paco Cruces, con esas largas conversaciones en el coche con las que he ido trazando mapas para navegar en la investigación. Estoy también agradecido a Honorio Velasco y a Ángel Díaz de Rada, por ayudarme a matizar y conceptualizar algunas ideas que se volvieron luego fundamentales. Tengo una deuda enorme con mis dos compañeros de ruta, con los que he compartido en este tiempo no solo despacho, sino confesiones, complicidades y abrazos. El trabajo también le debe una pata a Romina

Colombo; su pasión por esta investigación, sus continuas aportaciones en forma de nombres o conceptos han servido para mejorar el estudio. Le estoy muy agradecido por su tiempo y por hacerme recuperar la energía en aquellos momentos en que uno está más decaído. El otro compadre al que le debo mucho es Alfonso Villalta, sin su ayuda permanente, poniendo el hombro siempre que hay que empujar, no hubiera sido posible levantar esta investigación que es compartida con él en muchos aciertos y hallazgos. También quiero agradecer a Zahira Aragüete-Toribio estos años de conversaciones y reflexiones en las que nos hemos ido pensando continuamente uno en la cabeza del otro, reflexiones que son el comienzo de todas las que están por llegar. Muchas gracias por su generosidad y su sonrisa. Estoy en deuda con mi compañera Lee Douglas, con quien he compartido trabajo de campo, rodaje y largas horas de sofá hablando con familias. Su generosidad nos ha permitido llevar algunas de estas historias a lugares donde no imaginábamos. Quiero dar un agradecimiento especial a dos antropólogos que me pusieron en la pista de conceptos que se tornaron fundamentales en la investigación: Manuel Gutiérrez Estévez y Joan Frigolé. Quiero agradecer también al antropólogo Francisco Ferrándiz la oportunidad que me dio para exponer las primeras reflexiones sobre esta investigación en un artículo publicado en la revista *Anales del Museo Nacional de Antropología*. También agradezco enormemente las conversaciones certeras con compañeros que me han ayudado a orientar algunas ideas, como Jorge de Hoyos, Alberto Sebastián, Alfredo Kramarz, Juan Menchero, Sonia García López, Javier Herrero, Lorenzo Mariano y tantos otros...

Uno de los pilares fundamentales sobre los que se asienta este trabajo es mi familia. A mis padres Lute y Conchy, y a mis hermanas Laura y Beatriz, les debo el aliento constante y el apoyo incondicional. Es su empuje el que está detrás de mi espalda en cada meta conseguida. También le agradezco a mi tío Víctor que esté siempre al otro lado del teléfono, dispuesto a contarme o a orientarme. A mi otra hermana, Marina Beloki, le debo la alegría y la fuerza constante, pendiente siempre de cada paso, preparando el coche y un colchón para el descanso. Le debe mucho el resultado que aquí se publica a esos largos paseos por un parque. Estoy enormemente agradecido a Adriana Vila, Luis Arquero, Marina Alberti, Andrés Carneros, Natxo Iturralde, Javi Martínez, Eduardo Díez, Marta San Román, Pame Castillo, Juan Manuel Lillo, a la familia Beloki Partearroyo, Verónica Arche, Mario Figueroa..., y tantos otros que han estado tan pendientes de la investigación como yo, y que me han animado constantemente para que el trabajo llegara a buen puerto. Y detrás de todo esto, la mirada y la sonrisa de Lerlys Morales, esperándome con sus besos al final de cada camino.

PRÓLOGO

JULIÁN LÓPEZ GARCÍA

EN MUCHOS lugares de España antes, pero en todos a partir del 1 de abril de 1939 la vida cambia. Cambia en todos los círculos concéntricos de la vida social: desde la casa pensada formalmente hogar donde germina el nacionalcatolicismo hasta el estado entendido como patria imperial. Después de esa fecha emergen otras configuraciones territoriales, otros protagonistas, otros símbolos, otro calendario festivo, otra denominación de las calles y otras maneras de entender las relaciones sociales destacando el clientelismo y el servilismo, y donde la jerarquía y el verticalismo, más allá de las nuevas relaciones obrero-patrón, se imponían en todas las esferas de la vida.

La paz de Franco no fue, como es sabido, verdadera paz; el fin de la guerra fue el punto inicial para la eliminación física y simbólica del otro, expresada en la exclusión y la imposición de un nuevo mundo con nuevos espacios y nuevas lógicas temporales que ordenaban la vida social. Como ha afirmado Benassar, Franco ganó la guerra «pero no supo nunca ganar la paz. Los delitos de los nuevos tiempos eran la masonería, el comunismo, el socialismo, el anarquismo, el libre pensamiento, y debían ser castigados sin piedad [...] las cerca de 270.719 personas detenidas al finalizar el año 1939, tras las oleadas de arrestos que siguieron a la derrota de la República, apenas podían volver de inmediato a la circulación social puesto que eran dañinas, pervertidas y estaban envenenadas política y moralmente» (2005).

Entonces, cabe preguntarse: ¿consiguió eliminar definitivamente la voz y la presencia ideológica de los vencidos? La verdad es que después de cuarenta años de acción casi se logró, pero, a pesar del terror, la limpieza territorial (López García, 2018), la desorientación social y deslocalización (Graham, 1995: 239) y a pesar de los empeños para el exterminio físico

y simbólico, no se consiguió. Se ha hablado con frecuencia de resistencia para que el modelo de sociedad franquista no se impusiese plenamente: resistencia diplomática desde el exilio, oposición interior organizada clandestinamente desde partidos y sindicatos, acción insurgente en forma de guerrilla durante los primeros años de la dictadura... Además, en épocas más recientes, la historia también se ha interesado por otras formas de resistencia popular que funcionaron en un nivel diferente a la clandestinidad; se trataría de una resistencia de baja intensidad, con frecuencia no planeada pero con un poder de colonizar imaginarios populares con más fuerza que aquellas otras organizadas. Me refiero, por ejemplo, a creaciones populares difundidas oralmente por el pueblo —como rumores o canciones o chistes contrarios al régimen— que han sido estudiadas de manera muy sugerente por Ana Cabana (2013).

Pero dentro de muchas casas, especialmente en las que la acción represiva fue más significativa, quedaron rescoldos de otra vida donde se condensaba la memoria de los vencidos, y donde estos emergían dignificados y dando razones de por qué era incierta e injusta la descalificación que sobre ellos construía el nuevo régimen metiéndolos en el saco indiferenciado de la horda salvaje (López García, 2009, 2015, 2018). Los represaliados y sus familias —mediante estrategias pequeñas, simples y cotidianas, aunque en muchos casos clandestinas— contrariaban el estigma. Si el dolor del castigo y la desafección territorial persiguió la mudez y la ensimismación, muchos de los vencidos respondieron con civilidad: donde se buscó el envilecimiento con frecuencia se encontró el fomento de la solidaridad, cuando se les empujó al aislamiento respondieron forjando redes de parentesco traumático (López García, 2009), cuando se les empujó a la suciedad y la hediondez, la respuesta frecuente fue buscar en

espacios pequeños y marginales, y en pequeñas cosas, belleza, bondad y vida.

Una de estas pequeñas cosas donde se condensó el mundo y la memoria que quería ser borrada es el objeto de este trabajo de Jorge Moreno Andrés: las fotografías de represaliados, una de esas expresiones de la vida personal (otras serían diarios, cartas, pintadas, memorias personales, epitafios, películas personales...) que, en la terminología de Plummer (1989: 15), es lanzada al mundo y que si alguien se preocupa por buscarlas puede conseguir una versión de mundos privados. Jorge Moreno se ha preocupado y ocupado de buscar esas fotografías ocultas, y el resultado es este caleidoscopio que ahora nos presenta. Tantas imágenes en blanco y negro nos ayudan a colorear una época oscura, negada y ocultada. Como referían Berger y Mohr, en quienes el autor se inspira con frecuencia, «centenares de millones de fotografías, imágenes frágiles, que a menudo se llevan cerca del corazón o se colocan junto a la cama, son utilizadas para que hagan referencia a lo que el tiempo histórico no tiene derecho a destruir» (1997: 108). Aunque el régimen se empeñaba, a través de un potentísimo aparato de propaganda y a través de la acción represiva directa, en imponer la nueva España, una pequeña fotografía pegada al pecho en una cartera o guardada en una caja en el comodín de la casa servía como escudo protector contra el poder adormecedor de esos aparatos.

Con frecuencia se ha escrito que las fotografías personales petrifican un tiempo y un espacio y que, por tanto, están siempre remitiendo al pasado; serían, en clara analogía con el tipo de pinturas llamadas naturalezas muertas, «vidas muertas», realidades que fueron. Hace mucho tiempo que quedó cuestionada la primera parte de esa proposición referida a la relación entre fotografía y realidad, pues sabemos que muchas —quizá la mayor parte de las fotografías personales— son representaciones; posados artificiales, escenarios artificiales, etc. En este trabajo de Jorge Moreno se encontraría de manera contundente la segunda parte de esa proposición: no son representaciones muertas sino vidas «vivas». De esto trata este libro, de ver la vida de fotografías incluso en el peor de los escenarios. Fotografías que implícita o explícitamente estuvieron condenadas a otra muerte. Murieron real o socialmente muchos de los represaliados por el franquismo, pero no murieron sus presencias en fotografías, de manera que puede decirse que ellos de algún modo tampoco murieron; nunca murieron porque fueron objeto de interacción y diálogo fortísimo en el interior de las casas, guardadas algunas en cajas de madera, cartón o latón, o presidiendo otras la galería de antepasados que poblaba el salón o, en fin, acompañando trasiegos personales en el interior de carteras.

Estas fueron tan manoseadas, tan besadas y lloradas, y finalmente tan gastadas, que hubo que recomponerlas. Qué mejor evidencia de la vida de una fotografía que verlas envejecidas por el tiempo y los achaques, con costuras como un cuerpo real a una determinada edad, con amputaciones como un cuerpo real, con estrías como un cuerpo real, con tatuajes más o menos inocentes... Cada fotografía de las decenas que nos presenta Jorge Moreno es una invitación a entrar a la privacidad de la casa y de esas cajas que funcionaban como altares profanos donde se preservaba y se reactivaba constantemente el cariño familiar, la dignidad personal y ese mundo tan distinto al que oficialmente se vivía. A veces, una fotografía contiene varias memorias; es el caso de la fotografía de Benita Lillo que formaba parte del pequeño paquete de papel que dejó su marido Anastasio Godoy Hervás. Él estaba en la cárcel de Ciudad Real, ella en la cárcel de Gerona. En una de las cartas que escribió a su esposa, el 20 de febrero de 1941, ocho meses antes de ser llevado a rastras, por la grave enfermedad que padecía, ante el paredón del cementerio de Ciudad Real para ser fusilado, decía: «[...] dime cuanto sepas de los niños, si te han escrito a ti... pues es de los que más me acuerdo. Casi siempre estoy con tu retrato y el de ellos y así paso ratos agradables». Un solo vistazo a esa fotografía nos sugiere cuánta sal contendrá, cuántos besos habrá acogido en los cuarenta meses de prisión que acompañó a Anastasio, cuántos ratos agradables y amargos... Esta fotografía es de las que más nos ayudan a pensar en eso que da título a este libro: la vida social de la fotografía; una fotografía que fue tomada en un tiempo feliz y que acompañó a Anastasia en la guerra y en la cárcel hasta su último día —y después a sus hijos y a sus nietos— y que, después de conocerla Jorge Moreno, ha seguido viviendo, pues ha dialogado con académicos y paisanos en diversas presentaciones públicas donde ha salido con todo su esplendor de aquella caja que la contuvo durante tantos lustros.

Cuando vemos estas fotografías llenas de vida imaginamos cuántos relatos emotivos han acogido y cuántos han propiciado en un diálogo prolongado. Muchos de los familiares con quienes hemos dialogado sobre este asunto nos hablan de la energía que les transmitía la fotografía, como si contuviesen *maná*, como si el aura que ampliaba su dimensión tuviese efectos no solo terapéuticos, sino también sociales y morales. Los familiares hablaban a las fotografías y estas respondían; por eso, por esta relación física, las fotografías fueron envejeciendo con los que así las amaron, pero fueron envejeciendo de manera activa.

Lo mismo podemos decir de la fotografía de Santiago Vera; cuarteada como está, ¿cuántos besos habrá recibido? Seguramente tantos o más que los que él mismo dio a la fotografía de

sus hijos cuando la recibió en la prisión de Ciudad Real —enviada a su vez por su esposa presa en Gerona, como su hermana Benita Lillo y su madre—, besos que se sumaban a los que habría dado ella. La fotografía de los hijos pasó de una cárcel a otra. En el otoño de 1940, apenas cinco meses antes de ser fusilado, habría recibido la fotografía, y, en la carta que escribió a su esposa el 19 de septiembre de 1940, decía: «De lo que dices de la fotografía de los niños, pues ya puedes comprender el gusto que tengo de tenerla y aunque no los veo personalmente me basta la fotografía para besarlos y con esto me consuelo; pero no dudo que tus deseos son también muy grandes y te lo mandaré tan pronto como me digas. La pequeña no la conocía si me la presentan antes a ella sola no hubiera podido decir quién era. Está muy bonita y gordilla. Qué ganas tengo de abrazarlos a todos y a ti igual». Todos tuvieron que conformarse con abrazar y besar solo fotografías.

Las fotografías y las exégesis que las acompañan dan otra perspectiva de un tiempo incompletamente relatado. Además

de su fuerza emocional, son testigos continuos de un tiempo que invitó a muchos silencios, un tiempo que ha podido ser recuperado haciendo hablar a esos testigos llamados fotografías, y eso gracias a una labor antropológica que requiere un tipo de complicidad que solo antropólogos como Jorge Moreno saben transmitir y que ha permitido sacar de tantos rincones tantas fotografías con esa fuerza y ese sentido que a simple vista se aprecia; sacarlas y hacer que hablen con naturalidad más allá de las fronteras donde estuvieron tantos años desterradas. Hablan de amor y de daño, de vidas y proyectos truncados, y de esperanza. Al salir de aquellas cajas y de aquellos marcos, y ocupar ya pantallas académicas o cívicas y estanterías en bibliotecas, confirmamos por un lado la resistencia que tienen las fotografías a morir y, por otro, nos congratulamos de disponer de otra versión de vidas negadas y de tiempos con demasiados relatos lineales. Solo una sensibilidad etnográfica y artística como la de Jorge Moreno podía hacer algo como lo que contiene este libro.

INTRODUCCIÓN

Quien quiera acercarse a lo que es su pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava.

WALTER BENJAMIN, *Denkbilder*

Aperturas: cajas y puertas

El día que Clemente Vera llegó a mi casa, una extraña sensación me recorrió el cuerpo. Una sensación que me hizo plantearme algunas de las cuestiones que me acompañarían durante toda la investigación. «Vengo a que me enseñes a mi tío» me dijo, «es que cuando hicisteis la charla, su fotografía pasó tan deprisa en la pantalla que no la pude fijar, y la tengo ahora como en un ensueño». Yo en realidad a Clemente Vera no lo conocía mucho, de cruzármelo por la calle, de algún encargo en la carpintería de su hijo..., poco más. Como tampoco conocía en profundidad a la gente mayor de Abenójar.¹ Después de muchos años estudiando fuera de mi pueblo, el encuentro con el antropólogo Julián López en el año 2009 me llevaría sin saberlo a reencontrarme con el lugar donde viví hasta los 18 años. Yo había concluido la licenciatura de Antropología en la Universidad de Barcelona y él acababa de terminar una investigación sobre la represión de posguerra en Fontanosas,² una aldea cercana a Abenójar. Cuando nos conocimos me dijo que comenzara a hacer trabajo de campo allí mismo, porque probablemente fue uno de los municipios más castigados de la zona durante los años cuarenta.

Volver al pueblo, comenzar allí un estudio sobre la violencia política de la posguerra, supuso en realidad una especie de viaje exótico al interior de casas de vecinos que nunca

había visitado. A lo sumo los conocía de vista. Por ejemplo, entre los primeros entrevistados recuerdo a Marcos Gijón, el hombre que regentaba el quiosco donde de pequeño yo compraba chucherías o helados. A Juan Camacho, un hombre que vendía verdura los lunes en el mercado, pero que también te lo podías encontrar cualquier otro día en una esquina cercana al estanco, con una carretilla llena de productos del huerto. A Encarnación Padilla, una mujer que, tras la muerte prematura de una sobrina suya, quedó al cargo de sus dos hijos. Con ellos dos, con Encarni y con Clemente, había pasado de niño muchas tardes jugando en su casa, un lugar regido por la presencia de esa mujer que yo siempre percibía como malhumorada.

Desde el inicio de la investigación, entrar en las casas de estas personas, escucharlas hablar sobre el pasado del pueblo, me llenó de una emoción tan grande que en algunas entrevistas me entraba una risa nerviosa que no podía controlar. Me hablaban de cosas dolorosas o de pequeñas resistencias cotidianas y yo, sin embargo, me tenía que morder los carrillos para controlar cierta emoción.³ Esa emoción era, por ejemplo, descubrir que el hombre que te vendía chucherías y con el que habías convivido durante años, en realidad el era hijo de uno de los alcaldes represaliados de Abenójar. Una realidad y una emoción que contrastaban con la percepción que de niño había tenido de él. Como él, todos ellos me resultaron siempre personas situadas en cierta posición marginal. Una marginalidad que se explicaba ahora en sus relatos, en

¹ Abenójar es un municipio de Ciudad Real con una población aproximada de 1500 habitantes.

² En el año 2006, Julián López García había participado junto a Francisco Ferrándiz, Francisco Etxeberria, Luis Ríos y otros investigadores, en la exhumación llevada a cabo en Fontanosas, una pedanía de Abenójar y Almodóvar en la que se encontraron los cuerpos de varios represaliados de la posguerra. El encuentro con el lugar se produce tras la llegada de una carta anónima que uno de los soldados que participaron en el pelotón de fusilamiento envió a Emilio Valiente, el alcalde de la pedanía (López García y Ferrándiz, 2010).

³ Una emoción que aumentaba al descubrir los primeros documentos encontrados en el «cuarto de las ratas» del ayuntamiento, como así llamaban al lugar donde estaban amontonadas las carpetas que conformaban un archivo municipal. Pero también en los registros civiles o en las primeras incursiones al Archivo Histórico General de Defensa. En todos estos lugares se producía una relación de ida y vuelta, de casas a archivos y de archivos a casas, complementando en uno y otro lugar la información adquirida en cada sitio.

las condiciones sociales a las que se vieron sometidas esas familias tras la guerra. Una situación que encontraba en 1934 un origen, pero cuyas consecuencias se prolongaban hasta la actualidad. Me parecía estar insertándome en un mundo oculto situado en el centro mismo del pueblo. Las caras conocidas se fueron transformando, como se transformó mi percepción de las relaciones sociales que estructuraban el municipio. Todo iba cobrando un sentido que venía siempre de un tiempo anterior, un tiempo al que me asomaba bajo aquella pasión centrífuga que nos empuja a los antropólogos a situarnos *en cualquier tiempo menos éste, en cualquier lugar menos aquí* (Gutiérrez Estévez, 2003).

Supongo que para esta gente, que me había visto crecer en el pueblo desde que era un niño, también resultaba extraño que después de muchos años yo volviera preguntando por la vida de sus padres, cuando no por la suya propia.⁴ Había siempre cierta expresión sorpresiva en los primeros encuentros. Recuerdo que en una ocasión un hombre me comentó que «para qué cojones me iban a interesar a mí esas cosas». Fue entonces cuando su mujer le recriminó, diciéndole que claro que me podían interesar porque era nieto de Víctor y de Juanita. Y es que, en determinados momentos, las entrevistas revertían siempre sobre mi pasado, sobre un pasado familiar del que había muchos aspectos que desconocía, pero que continuamente los entrevistados se esmeraban en relatarme. «Tu abuelo Víctor⁵ y mi padre eran íntimos, muy amigos, muy amigos, recuerdo cuando tu abuelo le decía, Anastasio déjame las cercas que tengo que coger

unas ovejas, y él le decía, Víctor lo que necesites, lo que necesites». Junto a estos comentarios, otros que buscaban vincular la investigación con una especie de legado político que partía siempre de la figura de mi abuelo materno: «Yo hablaba mucho con tu abuelo, mucho, porque claro él era corredor de ganado y yo guarda de *La Patuda*. Y comentaba que tenía mucho que tragar con tanta gente de derechas como estaba, y que no se había hecho justicia con toda la gente que mataron». Al mismo tiempo que me acercaba a algunas personas, comencé a percatarme de que otras dejaban de hablarme, o por lo menos dejaban de hacerlo con el afecto con el que hasta ese momento lo habían hecho. Había algo en lo que estaba haciendo que les incomodaba, y me lo hacían ver retirándome el saludo. Recuerdo que en esos momentos le pregunté al antropólogo Julián López, cuestionado por la investigación misma, si lo que hacía estaba bien o mal, cuestionado por esos detalles iniciales que me revelaban un cambio en la relación que hasta ese momento había tenido con mi pueblo y que el estudio estaba provocando. Por esas fechas tuve un sueño que me parecía significativo, no tanto por lo que en él ocurría como por saberme atravesado por una investigación que no me dejaría indemne. En el sueño iba a la casa de mi abuela Juanita, quizás la mujer que más historias pasadas me ha contado y en cuyo desván comenzó de niño mi pasión por un tiempo que nunca conocí. Hacía varios años que había fallecido y sin embargo, en el sueño me encontraba frente a la puerta de su casa mirando unas cartas que yo le había enviado, pero que no había leído porque estaban tiradas en el suelo. Empecé a llamar a la puerta con insistencia hasta que por fin me abrió. «Mira que eres pesado» me dijo, «anda pasa». Entré en su casa y nos sentábamos en el salón. Ella sabía más o menos que le iba a preguntar por José Cardos, uno de los dirigentes políticos de Abenójar que asesinaron en 1941, y del que con más cariño me hablaron las familias entrevistadas. «Abuela, José Cardos ¿es buena persona?», le pregunté. «Si, es muy buena persona», respondió.

Según avanzaba el trabajo de campo, tuve que acentuar el esfuerzo por mantenerme a cierta distancia. Esa posición de doble agente que define a un antropólogo en la escena, y donde tiene que hacer equilibrio constante entre la empatía y la conceptualización de las relaciones sociales en las que está inserto, se torna problemática cuando además de investigar «en casa», la familia misma del investigador está incluida en el objeto de estudio. Además de esas dificultades, se daban otras que tienen que ver con el tipo de exigencias y expectativas que una investigación de este tipo puede hacer aparecer. El alto grado de interés que tiene para las familias estudiadas, generaba continuamente demandas que yo intentaba solventar consiguiendo

⁴ En ocasiones, mi nuevo lugar desconcertó a algunos vecinos. Si en otro tiempo los había entrevistado, filmado y fotografiado, ahora veían que no eran ellos el centro de mi interés. Como fotógrafo había hecho algunos reportajes —como uno de la matanza del cerdo, que había ganado algunos premios (Premio de Fotografía Popular Marqués de Lozoya, 2006)— en los que había retratado a familias que luego se habían visto en exposiciones. Algunos de los fotografiados para aquellos trabajos me paraban en la calle, un tanto despistados al ver lo que ahora estaba haciendo, y me decían: «Jorge, ¿a que tú eres periodista?», como intentando buscar una profesión que abarcara la heterogeneidad con la que percibían mi acercamiento al pueblo. Otro caso significativo fue el ocurrido en Puebla de Don Rodrigo, un pueblo cercano a Abenójar, donde una mujer nos preguntaba si éramos ecologistas. «Vosotros sois ecologistas, ¿no?... Bueno ecologistas no, porque los ecologistas son los que quieren limpieza en el campo, todo verde. Pero algún nombre tenéis que tener ¿no?».

⁵ Víctor Andrés Valdemoro nació el 04/04/1913 en Munilla (Logroño). Durante la Guerra Civil fue Jefe de la 3ª Escuadrilla del Grupo 30 Polikarpov RZ «Natachas». Según Circular n.º 22952 de Diario Oficial n.º 295 del 11/11/1938 del Ministerio de Defensa Nacional, por los méritos contraídos y servicios prestados en la actual campaña, se resuelve otorgar el empleo de Capitán de Aviación con la antigüedad del 01/09/1938. Finalizada la contienda fue condenado a muerte, cumpliendo 3 meses primero y otros 25 meses después. ADAR (2014): Los aviadores. Madrid. <http://www.adar.es/aviadores-republicanos/> [Consulta: 2016-12-07]. Tras su paso por prisión, y con la prohibición de regresar a su comunidad de origen, terminaría viviendo en Abenójar donde ejercería la profesión de camarero y corredor de ganado.

documentos sobre sus familiares, o incluso investigando sobre el paradero del cuerpo de padres o abuelos. Si bien es cierto que en ocasiones algunas de estas exigencias exceden la labor del antropólogo, o por lo menos lo que se supone que es esa labor cuando comienza el trabajo, no lo es menos saber que este tipo de estudios necesariamente te interpela y compromete, aunque solo sea por la devolución como compromiso ético que exige la disciplina. Es por eso que todo el trabajo de campo se complementó desde el inicio con ciertas tareas relacionadas con búsqueda de familiares, apertura de fosas, exposiciones, charlas en los pueblos, proyecciones de documentales, publicación de libros, e incluso la inauguración de un parque.

Este tipo de trabajo se da en un contexto nacional en el que desde hacía varios años algunos grupos de investigación multidisciplinar estaban realizando estudios similares en otras zonas, y con los que el equipo conformado en Ciudad Real establecería continuos encuentros y apoyos. De esta manera todo aquello que como antropólogo me afectaba en este proceso —las relaciones familiares y vecinales, la dureza del tema investigado o la necesidad de iniciar búsquedas o apertura de fosas— encontraba apoyo de compañeros y equipos en cuyas experiencias uno se veía reflejado. Algo difícil de entender sin el proceso memorialista que se inició en España a comienzos del siglo XXI y tras cuyo empuje se terminaría creando la llamada «Ley de Memoria Histórica». Una ley que daría ayudas gestionadas a través del Ministerio de Presidencia para realizar exhumaciones y proyectos de investigación. Sería precisamente en un proyecto de este tipo, dirigido por los antropólogos Julián López García y María García Alonso desde el Departamento de Antropología Social y Cultural de la UNED, donde yo me incorporaría como becario.⁶

Sin este contexto habría sido mucho más complejo llevar a cabo una investigación de este tipo, algo que observamos en antropólogos que antes que yo habían trabajado temas similares en la misma zona. Es el caso de Adela García Muñoz, una antropóloga que en los años noventa realizó una monografía titulada *Los que no pueden vivir de lo suyo* (1995). Se trata de un estudio que indaga el cambio y la continuidad cultural de Abenójar a partir de familias que dependían de los latifundios para obtener los recursos que necesitaban. Adela me señalaba que fue precisamente la Guerra Civil española lo que la llevó a interesarse por la historia y la antropología, y sin embargo era un tema que le afectaba tanto a nivel familiar que en su tesis doctoral le habría sido imposible abor-

darlo de manera objetiva y distante. Quedarse en el pueblo para investigar supuso entonces indagar en los orígenes de las problemáticas que desencadenaron el conflicto. Es por ello que su estudio se centra en la relación entre los sistemas de propiedad de la tierra y el trabajo vinculado a ella, algo sin lo cual sería imposible entender la Guerra Civil en esta provincia. Esa necesidad de distanciamiento que tiene un antropólogo con su lugar de investigación, y que se vuelve problemática cuando trabaja «en casa», llevó a Adela a adoptar esa práctica común en antropólogos de los años cincuenta y sesenta de cambiar el nombre al lugar de estudio, y es que en su caso Abenójar no era Abenójar, sino *Balalaita*.

Tras dos años de investigación, Adela García, Julián López y yo, organizamos en el pueblo unas jornadas sobre memoria e historia. En ellas no solo se expondrían los avances del estudio realizado en Abenójar, sino que se invitó a historiadores y antropólogos para que explicaran durante tres días el contexto internacional de los años treinta, la conflictividad social en Ciudad Real, los problemas de la propiedad, las Misiones Pedagógicas, etc. Una de esas conferencias estaba destinada a explicar la violencia sufrida en el municipio durante la posguerra. Era la primera vez que se hablaba públicamente de numerosos vecinos que fueron asesinados y la expectación fue cobrando intensidad. En ese momento el salón de actos se llenó de gente, no solo del pueblo, sino de Puertollano, Madrid o incluso de Francia. Recuerdo a una anciana de la residencia que entró en el salón apoyada en una vecina susurrando que asistía al acto porque le habían dicho que no, que era mentira, que por escuchar aquello no le iban a quitar la paga.⁷ Para ese momento habíamos preparado un conjunto de documentos e imágenes que recopilamos de archivos y entrevistas. Todo el material se iba mostrando en la pantalla del salón mientras Julián y yo relatábamos los hallazgos. Las personas miraban con detalle todo lo que aparecía, buscando en los fragmentos de los documentos alguna relación con su propia historia. Y de pronto irrumpieron las imágenes. La exposición pública de los rostros de aquellas víctimas transformó el acto. Las fotografías conectaron con la gente de una manera que no imaginábamos. Con cada imagen irrumpía un llanto, un comentario, una palabra de rabia... «Ese es mi padre, ese es mi padre, ese es mi padre...». Ante una de ellas, un hombre se levantó de la silla y, como si acabara de ver una aparición, se quedó de pie sin hablar señalando la fotografía. En ella aparecían sus padres junto a él. No conocía aquella imagen.

Fue unos días después de aquella charla cuando Clemente Vera llegó a mi casa. Me llamó por teléfono varias ve-

⁶ Proyecto 92.1 del Ministerio de la Presidencia: «Todos los nombres de la represión de posguerra en Ciudad Real: investigación y material didáctico». Departamento de Antropología Social y Cultural de la UNED. Este proyecto nace tras la puesta en vigor de la Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas a favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura.

⁷ Pensión.

ces para asegurarse de que me encontraría allí. Cuando llegó me dijo, «vengo a que me enseñes a mi tío. Es que cuando pusiste su foto en la charla, pasó tan rápido que no pude fijarla. Y me he dicho tengo que ir a casa de Jorge a que me la enseñe de nuevo. Y aquí me tienes, he venido a ver a mi tío Nicolás». En ese momento una extraña sensación me recorrió el cuerpo, como intentando buscar respuesta a una situación que no lograba entender del todo. Siempre era yo quien iba a las casas de los vecinos a preguntar por las familias y a ver sus fotografías, pero ahora era un familiar el que venía a mi casa para poder ver sus propias imágenes. Esto me hizo pensar en el archivo fotográfico que estábamos empezando a conformar, pero también me hizo preguntarme sobre quién tiene las fotografías dentro de una familia y por qué.

La investigación realizada generó desde el principio una reactivación de lazos familiares entre miembros que estaban desconectados, algo que estaba explicando el caso de Clemente. Y es que un porcentaje importante de las familias represaliadas se habían ido del pueblo en los años cuarenta o cincuenta, lo que nos obligó desde el inicio de la investigación a desplazarnos continuamente a ciudades como Madrid, Barcelona o Valencia. Esa relación entre investigador y familia, entre materiales para el estudio y materiales para la casa, se mantenía en un diálogo tan constante que en muchos casos era yo quien encargaba fotografías para aquellos miembros que me las pedían. Eso mismo me pidió Clemente, tras comentarme después de ver la fotografía que sí, que ese era su tío Nicolás. «Mi hijo Nicolás ha salido igual a como era él. Igual de bueno».

Unos días más tarde, de nuevo otro vecino. Esta vez por Facebook. Me escribía un mensaje desde Benidorm porque había visto en internet el anuncio de las jornadas y quería saber algo sobre su abuelo. «No tengo ninguna foto» me comentó, «y para mí sería lo más grande poder verlo». Cuando le comenté a Adela García lo que estaba ocurriendo con las fotografías, esta me remitió al libro *Imágenes de Abenójar. Crónica de nuestra memoria* (VV. AA., 2000). Un trabajo donde se recogía el patrimonio fotográfico del municipio, pero en el que apenas había rastro de las instantáneas que ahora estábamos encontrando. En el texto introductorio que escribió esta antropóloga, diez años antes de que iniciara la investigación, incidía precisamente en la ausencia de esas imágenes en el espacio público, planteando de alguna manera una cuestión que podría ser la pregunta con la que empieza este estudio: ¿Dónde están las fotografías de los represaliados políticos?

Llama extraordinariamente la atención que no se conserven imágenes de la experiencia de socialización que vivió Abenójar durante los años de la Guerra Civil, ni de las personas más significativas de

esos tiempos, o al menos que esas fotos no hayan aparecido de momento. Sin duda quien conservase durante la postguerra imágenes o símbolos de quienes perdieron la guerra, ponía en un grave riesgo su seguridad y la de su familia, cuando no su vida. Quizá sea ese el motivo de que no existan, o sean escasas (García Muñoz, 2000: 14).

Cuando leí este texto por primera vez, no había definido todavía el tema que presento en este volumen, pues durante los primeros años la investigación se centraba en conocer el número de asesinados, así como en recoger testimonios y materiales con los que dibujar un mapa cuantitativo y cualitativo de la represión de posguerra en la zona. Unas entrevistas me llevaban a otras, complementando la información encontrada en las casas con la búsqueda en archivos municipales y provinciales, o en el Archivo General e Histórico de Defensa. Un día fui a entrevistar a José Hermoso y a su mujer, Longina Cañavera, pues ambos tenían familiares que habían sido represaliados. Después de un rato charlando con ellos, las palabras nos llevaron a las imágenes y comenzaron a enseñarme antiguas fotografías que iban sacando de una caja de lata.⁸ Entre todas ellas de repente apareció una imagen que me sorprendió y que incluso llegó a emocionarme. En ella salía José junto a mi abuelo paterno. Una imagen con un roto en la parte inferior y en la que los dos salían abrazados en las fiestas de la patrona de Abenójar. «Tu abuelo Noé y yo fuimos muy amigos, muy amigos», señalaba José.

Unos años después de aquel encuentro, regresé a esa misma casa para hacerles otra entrevista. Quería comple-

⁸ Esta es una práctica habitual en la que yo siempre incidía con los informantes después de un rato de entrevista. Y es que si bien en ocasiones me decían que no tenían fotos de importancia, siempre era un momento en el que surgían imágenes y relatos inesperados. Un ejemplo de ellos lo encontramos en una entrevista realizada a Vicenta Ruiz. Entre las fotografías que me mostró esta vecina de Bolaños de Calatrava, apareció una fotografía en la que salía ella de niña junto a dos primas vestidas de luto. El color negro de sus vestidos la llevó a contarme la muerte de Candelario Pérez González, un familiar suyo que había muerto de una paliza y que sin embargo, en el Libro de Defunciones del Registro Municipal de Almagro, aparecía registrado como muerto el 19 de marzo de 1947 de «asfixia por suspensión», es decir, por suicidio. Sin ese relato al que me condujo esa fotografía nunca habríamos conocido el destino real de este hombre. Así lo relataba Vicenta: «Qué cara de hambre tengo... Ellas estaban de luto porque habían asesinado a su padre, y a mí ya me lo estaban quitando el luto. Ya me ponía mi madre cosas claras. Y su padre es que había venido de la cárcel y hubo un entierro, y tenían que cumplir. Y fueron. Y decía su prima que se puso muy guapo, y fue con su mujer al entierro. El caso es que le salieron al encuentro, y le dijeron vente al cuartel que tenemos que hacerte unas preguntas. Porque hacía poco tiempo que había venido de la cárcel. Y las preguntas. No ha vuelto más. Luego cuando fue su mujer a preguntar por él, porque no venía, le dijeron que se había ahorcado. Él no se ahorcó, a él lo mataron. Entonces, como consta que estaba ahorcado, pues lo enterraron en unas puertecillas pequeñas que había al lado del cementerio. Y allí iban las hijas y se asomaban. Y nosotros, cuando íbamos mi madre y yo, se asomaba mi madre y decía, aquí está mi primo Candelario, aquí está mi primo Candelario». Entrevista realizada a Vicenta Ruiz (Madrid, 05/12/2015).

mentar con sus testimonios una información que había encontrado en el archivo provincial. Al entrar en el salón, un cambio en la decoración me dejó impresionado. Había una fotografía colgada en la pared de la estancia que antes no estaba, pero que ahora presidía de alguna manera ese espacio. Se trataba de la instantánea donde José aparecía junto a mi abuelo Noé, aquella que había estado durante años metida en una vieja caja de lata y que ahora se exponía en el salón. Al ver ese desplazamiento no pude sino sentir lo que el antropólogo Jesús Martín Barbero llamaba el escalofrío epistemológico (1987a: 12), un simple gesto que determinaría la nueva relación que yo tendría con el objeto de estudio. Y es que pocas veces a lo largo de esta investigación la fotografía mostraría en su mismo uso mi relación con la familia entrevistada. No se trataba de que los informantes hablaran de mí —como seguro hacían—, o que me comentaran algo sobre la relación con mis abuelos, sino que la vida social de una de las fotografías en realidad me estaba incluyendo. Ese desplazamiento estaba explicando mi paso por su casa, pues, para José, que un universitario se interesara por su historia familiar era una cosa importante. Algo que podemos imaginar si pensamos en todos esos relatos vitales que, percibidos llenos de injusticias, habían sido, sin embargo, mascados únicamente entre los miembros del grupo durante mucho tiempo. Para muchas familias, nuestro paso por sus casas ha concluido con frases del tipo «ya nos podemos morir tranquilos», como dijo Pilar Vera. Y es que pareciera que el esfuerzo titánico por conservar esas imágenes y recuerdos a lo largo de los años, esos relatos compartidos siempre de puertas adentro, tuvieran un sentido, una compensación con nuestra llegada a sus domicilios. En el caso de José, además, no era solamente que quien llegara fuera universitario, o tuviera la capacidad de amplificar y dignificar sus relatos, sino que también era «uno de los nuestros».⁹ La fotografía expuesta en el salón lo ratificaba dando un sentido a mi paso por su casa explicado en términos de fraternidad, una fraternidad que comenzaba con mi abuelo, pero que tenía una continuidad conmigo. Ese lazo afectivo que sellaba la imagen lo hacía a través de alguien que en realidad no estaba y que, sin embargo, nos vinculaba en el tiempo de una vida entera, una vida vertebrada por una amistad que se ha mantenido a través de diferentes generaciones.

⁹ Aunque como persona de Abenójar me sintiese gratificado por esa calificación de «ser uno de los nuestros», me producía al mismo tiempo ciertas dudas antropológicas que me llevaban a plantearme si realmente estaba actuando de una forma subjetiva o no. Unas dudas que he ido resolviendo a lo largo de la investigación, pues si bien soy consciente del valor que puede tener para estas personas el interés por unas vidas que han estado «orilladas» y ocultas, no he renunciado por ello a realizar una investigación guiada por una mirada etnográficamente distante, por un trabajo que no sea sesgado o que fuerce argumentos, y donde la base de la intersubjetividad esté siempre presente.



Fotografía 1. Noé Moreno y José Hermoso.

El desplazamiento de aquella fotografía estaba produciendo un sentido, un sentido que no se explica o se teoriza, sino que simplemente se practica.¹⁰ Ese pequeño gesto marcaba de alguna manera un camino, pues años más tarde, mi labor como investigador sería precisamente la de conceptualizar esos gestos, esos usos fotográficos que no hablan pero que expresan sentidos en un determinado lenguaje visual. Las fotografías estudiadas se encuentran en continuo movimiento, dibujando a veces recorridos inesperados, acudiendo allí donde es necesario estrechar un vínculo, un vínculo establecido siempre por personas ausentes, y que son sin embargo la explicación de la condición bajo la que viven los miembros de la casa.

Estos primeros descubrimientos se fueron insertando en andamiajes teóricos más complejos, aunando el interés emocional de la propia investigación etnográfica con el interés metodológico y conceptual que posibilitó mi incorporación a dos proyectos de investigación de la UNED. Por un lado, como becario FPI del Ministerio de Economía y Com-

¹⁰ En adelante utilizaré la expresión «practicar la fotografía» para referirme de manera genérica a la constelación de usos y prácticas desplegadas por las familias estudiadas.